Dos crónicas sobre la Sociedad Argentina de Escritores (Roberto Arlt)

Sociedad literaria, artículo de museo

El Mundo, 11-12-1928

Me voy a portar bien y no alacranearé sino en la justa medida. Se ha fundado una sociedad de autores de libros que se titula Sociedad Argentina de Escritores.

Sus constituyentes son todos señores de edad razonable, si dijera provecta se escandalizarían, por eso digo de edad razonable. Bueno ¿a que no se imaginan ustedes qué empiezan por hacer señores de edad razonable? Parece mentira. Dijérase chiste. Es increíble pero inclinémonos ante las circunstancias fatales y admiremos la sabiduría de la Providencia que castiga al pecador con su propia mano:

Estos señores de edad razonable han instalado su secretaría… en un museo. Sí, señores, en un museo. Lo único que faltaba era que lo nombraran a Tutankamón presidente honorario y totémico o kármico del conventículo; y el chiste más macabro y mal intencionado dentro de la ingenuidad más aterradora estaría consumado.

No es por hablar mal, pero...

No es por hablar mal, pero ustedes comprenden que unos distinguidos caballeros que ya peinan canas y que eligen como lugar de deliberaciones un museo, mal pueden defender la literatura de nuestros días. Sería lo mismo que instalar un aparato de televisión en la sala de Antigüedades Orientales o en la cueva de Altamira o darle a manejar un Rumpier Tauben a un aficionado a la filatelia. Y conste que no es por hablar mal. ¡Un museo!

Yo me explico que para hablar y defender la literatura se elija un sótano; la mesa de una cervecería; el entrepiso de un café... me explico todo en nombre de la "literatura" pero lo que no me explico es la inspiración singular de estos hombres que se anticipan al museo estando en vida.

Yo no me lo explico porque hay que tener la sensibilidad petrificada para resistir esa atmósfera de museo; olor a humedad y a ataúd de segunda mano; color gris en redor; cuadros lamentables y malos por donde se mira; andrajos que no los querría ni el último reductor de la calle Junín; en fin, algo así como la Morgue del pasado. Y esa gente ha elegido el museo para

sus deliberaciones. La idea debe ser de Quiroga, hombre que gasta una barba sefardí *y* cierta catadura de falsificador de moneda que espanta. O del autor de *La levita negra,* un rabino soturno y aficionado a las tinieblas.

Y después uno se imagina que los escritores son de naturaleza tierna y poética y que aman las florecillas de los campos. Dénse cuenta cómo se equivoca uno.

Van a defender intereses...

En el tomo diecisiete de las Aventuras de Rocambole, página 175, sir Williams le dice a Rocambole:

—Querido marqués, no te olvides: para preparar un guiso de liebre, según el Manual del Perfecto Cocinero, hace falta una liebre.

Parodiando al ilustre capitán Williams, jefe de los bandidos de Nueva York, se puede decir:

Para defender los intereses de la literatura argentina... es preciso que esta literatura exista y después que existan intereses. Pongamos que esta literatura existe; yo no quiero dudarlo. Mi magnánimo corazón se resiste a no creerlo; aceptémoslo. Bueno, está aceptado

¿Dónde están los intereses de esta literatura, los intereses "morales y materiales" que la sociedad dicha se propone defender?

Analicemos un poco.

El presidente de dicha sociedad es un autor del cual no se han vendido nunca más de mil ejemplares. Del vicepresidente ocurre lo mismo. Del secretario puede decirse que el libro que escribió lo repartió entre los amigos, parientes y agnados de la tribu. El tesorero está en decadencia, tuvo su momento de apogeo. Hoy su literatura de la guerra del Paraguay no desentona con el museo.

Luego aparecen veintiún vocales. De éstos, quince son autores poco leídos, es decir, no pasan de ediciones de quinientos ejemplares, de los cuales no se venden ni doscientos cincuenta, encargándose los infrascritos de repartir los ejemplares restantes entre los amigos, los parientes y los enemigos. Luego aparecen tres mil ejemplares de venta efectivos, y otros tres que oscilan entre los dos mil y tres mil ejemplares.

Yo creo que el padre putativo de Rocambole tenía razón al decir que para hacer guiso de liebre, hace falta, ante todo, una liebre.

No hay interés alguno

Hablemos francamente. Esta gente, salvo tres autores, no tiene absolutamente intereses ningunos que defender. Pueden darse por bien servidos de encontrar quien les imprima los libros. Son de guante blanco. Algunos que viven de un prestigio adquirido hace veinte años y, si los han hojeado cien ciudadanos, son los hombres más conocidos de la tierra. ¿Qué intereses van a defender, entonces? Yo me explico que hable de intereses librescos un señor como Martínez Zuviría, Juan José de Soiza Reilly, Josué Quesada (de los cuales ninguno pertenece a la sociedad) pero no un señor Estrada, Obligado, Borges o Banchs, que se miran y se desean para poder vender cien ejemplares. Estos señores, que yo sepa, hasta ahora han editado los libros por su cuenta y riesgo de modo que si han ganado millones, ellos los tienen en sus escarcelas y no ningún editor.

Es inútil; para hacer guiso de liebre, se necesita la liebre, como decía sir Williams, pues de esa manera el asunto no es chicha ni limonada...

Y esto es lo que ocurre con la Sociedad que a pesar de ser flamante, ya está en un museo.

Un poco más sobre la Sociedad de Escritores

El Mundo, 14-01-1929

Entre los distintos líos que se suscitaron con motivo de la aparición de la Sociedad de Escritores Argentinos, hay un reproche grave que todos los autores no suscriptos a la sociedad han hecho, y es que la secretaría esté en manos de un editor.

Este señor, desde las columnas de una gaceta literaria que edita a fin de hacer propaganda de los libros de los que es editor, **se** permite hablar mal de los escritores que han protestado porque la sociedad ha establecido de por sí las bases, la presidencia y todas las cláusulas que se le ha dado la gana, sin consultar la opinión de numerosa gente de letras que no pertenece a la sociedad.

Lo que refleja la sociedad

Hubo una época feliz y dulzona en que cada semana se fundaba una “sociedad de escritores” en algún café del centro o de extramuros.

Entonces no había editores. Los mismos escritores editaban sus libros y sólo eran víctimas de la rapacidad de los libreros, aunque estos han sido siempre demasiado “fiacunes" para ser rapaces. Cuando en la fauna literaria apareció el nuevo “specimen” del editor, fue necesario ponerse en guardia Los libros se venderían más pero rendirían menos ganancias; habría más promesas pero menos realidades. Y fue así que los escribidores comenzaron a temar con la idea de proteger sus intereses en contra del editor.

De las ciento y pico de sociedades de escritores que se han fundad, o se han pensado fundar, la única que persiste en vivir es la que nos ocupa. ¿Por qué? Porque tiene en su augusto seno… ¡un editor! Y es, pues, el editor contra quien se reúnen los escritores, el más emperrado en defenderlos.

¿Qué perspectivas ofrece, pues, para los escritores, esta sociedad que a pesar de su presidente, está administrativamente manejada por su secretario, editor de profesión?

Hablando en plata

Dicha sociedad está condenada a muerte, no sólo porque en su seno alberga la calabaza de la discordia, sino porque en ella pugnan los espíritus esencialmente contradictorios: el espíritu viejo y conservador representado por su presidente, y el espíritu nuevo de los jóvenes que nunca han mirado con simpatía a este hombre cambiante, palabrero, deshumanizado hasta el extremo que no se puede apuntar ni en una de sus obras la figura de un hombre vivo.

La sociedad ha comenzado, como decía en una carta abierta el escritor Castelnuovo, echando tierra a los principios democráticos que están en el entendimiento de gente civilizada y estableciendo una jerarquía absurda de escritores, como si la sociedad tuviera la intención de irse confundiendo en un conato de academia.

Como es lógico, esta afirmación de “potencia”, de potencia de uno solo manejando a los otros como títeres, le resultará a algunos hechos ya para semejantes fantochadas, pero los que han permanecido afuera, no sólo se sienten molestos, sino que ya ven en puerta una

bancarrota, como otras veces ha ocurrido con sociedades constituidas con fin más o menos parecido.

Tiene fines administrativos

Un socio me dice:

—La sociedad tiene fines administrativos, no literarios.

Es de preguntar, si tiene fines administrativos ¿por qué la tal sociedad hace diferencia de autores?

Otro me dice:

—Yo creo que se le ha dado excesiva importancia a ese asunto. Recuerde esto: sociedad donde el señor Lugones intervenga, no prospera. Acuérdese que para convencer hay que ser sincero, y no serlo, sino demostrarlo. Y hasta ahora, este señor ha demostrado que tiene dos habilidades: la primera, de manejar muy bien su idioma; la segunda, de no ser constante en ninguno de sus propósitos.

—¿Y el secretario editor?...

—Ese no corta ni pincha. Con su preclara inteligencia racial tratará de sacar todo el provecho posible del asunto, nada más.

—¿Y los otros?

—Los otros se pelearán.

Fuente: Arlt, Roberto, *Obras. Tomo II*, Buenos Aires, Losada, 1998, pp. 393-398.